



DEARNLEY, E., *Translators and Their Prologues in Medieval England*. Cambridge: D.S. Brewer 2016. 300 pp.

El estudio de la historia de la traducción puede nutrirse de la observación de fuentes que acompañen a las traducciones, los prólogos en este caso. Al ser paratextos que aportan información esencial sobre la elaboración de la traducción y presentan el objetivo que orienta una propuesta de traducción, tienen un valor tanto persuasivo, como informativo y educativo. En *Translators and Their Prologues in Medieval England*, Elizabeth Dearnley describe y analiza la práctica traductora del francés al inglés en Inglaterra durante la época medieval a partir de un corpus de prólogos de 26 traducciones escritas entre 1189 y 1450 AD. El valor de los prólogos radica en la información documental que aportan: los orígenes del texto, la descripción de la vida del traductor y sus métodos, la actitud hacia las lenguas de trabajo y las tradiciones extendidas de la práctica traductora y, en el corpus de Dearnley en particular, retratan la evolución de una Inglaterra adepta a la cultura francesa a una Inglaterra con una tradición de lengua propia, es decir, capaz de crear su propia literatura (p. 2).

El corpus de prólogos de Dearnley se fortalece a partir de su heterogeneidad, en tanto que incluye desde crónicas, novelas de caballerías, layes bretones, poemas religiosos, un tratado médico, un debate, una colección de baladas, hasta una colección de cuentos, la mayoría en verso salvo por dos que están escritos en prosa. La longitud de los prólogos también es variada, pero los intereses de Dearnley se ciñen a ciertos temas recurrentes como la mención de fuentes, la discusión sobre la traducción del título, reflexiones sobre el inglés y el francés como lenguas de cultura, referencias al texto como traducción, problemas enfrentados en la traducción, la mención del traductor, referencias al público y al propósito de las traducciones, referencias religiosas y un resumen de los contenidos de los textos (pp. 63-64).

El libro se compone de ocho capítulos, sumados a su introducción, conclusión y apéndices. En la introducción, Dearnley propone que el prólogo de traducción es un subgénero del prólogo ya que aprovecha las convenciones del género, pero se enfoca en el fenómeno de la traducción; no obstante, es difícil definir con claridad lo que se entendía por traducción en el contexto de la época medieval ya que se trataba de un concepto muy amplio que podía referirse tanto a explicaciones o paráfrasis más o menos libres como a traducciones palabra por palabra (p. 3). A pesar de este reto tipológico, Dearnley busca demostrar que en su corpus se puede apreciar el proceso de formación de nuevos modelos discursivos en los que los traductores se expresan con confianza sobre su trabajo y su lengua meta (p. 6).

Los primeros tres capítulos funcionan como un conjunto introductorio. El primer capítulo, “The Translator’s Prologue: Latin and French Antecedents”, discute los orígenes del prólogo y los modelos disponibles en la época medieval (la literatura clásica, en latín y romance) y detalla el movimiento gradual de la noción de “trans-

misión” a la de “traducción” y cómo los prólogos de traducción moldean y reflejan este desarrollo. En el segundo capítulo, “The Translator’s Prologue: The Germanic and Anglo-Saxon Background”, habla de las tradiciones germánicas que dieron pautas para las traducciones vernaculares en Inglaterra, así como la introducción del francés y junto con éste, sus tradiciones discursivas a Inglaterra, que obligaron a los traductores ingleses a hallar nuevas formas de conceptualizar su labor como algo digno en lugar de concebirla como una actividad de talla inferior a la escritura en francés. El tercer capítulo, “The Development of the French > English Translator’s Prologue”, Dearnley describe su corpus y como, si bien hay temas recurrentes, las conclusiones a las que llega se basan en los hallazgos que encuentra a partir de sus estudios; ella nunca pretende afirmar la existencia de una “escuela” de composición de prólogos en inglés pero apuntan al afianzamiento de ciertas formas consistentes. Adelanta que se puede apreciar una evolución en el estilo de escritura que se vuelve cada vez más técnico. Hace bien en concentrarse en el desarrollo del prólogo como un todo, citando momentos clave de todo su corpus, en lugar de describir prólogo por prólogo para cumplir su objetivo principal que es dejar de manifiesto la evolución del pensamiento de los traductores ingleses.

En los siguientes capítulos, Dearnley comienza a detallar los resultados de su análisis del corpus y se concentra en quiénes los elaboraron. En el cuarto capítulo, “The Figure of the Translator”, se concentra en la conceptualización de la traducción ya sea como un oficio dentro de los deberes de los clérigos o como el trabajo de los juglares; su tema parte de las referencias contenidas tanto en su corpus como en ilustraciones de manuscritos iluminados. En el quinto capítulo, “The Acquisition of French”, Dearnley continúa desarrollando el perfil de los traductores de la época mediante la enumeración de los niveles de competencia de la lengua fuente de los traductores que van desde un dominio característico de nativo hablantes, hasta un conocimiento pasivo y limitado a unas cuantas frases, lo cual deja claro que desde siempre los traductores bien preparados han tenido que enfrentarse al colectivo de personas sin dominio de una lengua fuente que osan llamarse traductores. El sexto capítulo, “The Case for Women Translators” se concentra en las circunstancias rodeando a Eleanor Hull, una traductora de la cuál Dearnley halló evidencia durante su trabajo de investigación, y cómo fue invisibilizada a pesar de sus contribuciones al desarrollo de la traducción; a partir de los hallazgos, ella sugiere la existencia de más traductoras, contra la creencia popular de que ese oficio pertenecía exclusivamente a los hombres en ese periodo histórico.

Una vez que habla de los traductores, Dearnley ocupa los últimos dos capítulos para hablar de los usuarios a quienes estaban destinados los prólogos. En el séptimo capítulo, “The Presentation of Audience and the Later Life of the Prologue”, se discute la relación entre público y prólogo y descubre que, con frecuencia, los prólogos cambiaban según las necesidades del público; por ejemplo, hay prólogos en su corpus que muestran comentarios al margen y modificaciones tardías hechas por escribas, lectores o compiladores con la finalidad de preparar el texto para lectores subsecuentes. El último capítulo, que se siente más como una idea de último momento, “Middle Dutch Translator’s Prologues”, Dearnley discute la tradición de traducciones del francés al holandés y detecta un paralelo importante entre esa tradición y la del francés traducido al inglés: que conforme una lengua se desarrolle mediante la introducción de una literatura extranjera a su sistema, adquirirá fuerza y ésta será proporcional a la confianza con la que se discute el tema de la traducción.

A manera de conclusión, Dearnley propone que el prólogo resultó fundamental en el desarrollo de la tradición literaria inglesa y en la creación de un vocabulario que sirviera para articular el tema de la traducción (desde el mero uso de un verbo para expresar el acto de traducción) y, en consecuencia, fortaleciera al inglés como un lenguaje literario independiente (p. 248).

Debido a su interdisciplinariedad, el libro resulta útil no solo para traductólogos especializados en historia de la traducción o en el análisis de paratextos, sino también para aquellos interesados en historia de la lengua inglesa, en literatura medieval y en filología. Hubiera sido ideal que el libro incluyera transcripciones completas de los prólogos que forman el corpus, acompañado por traducciones al inglés moderno, pero eso hubiera alargado mucho más el libro. A pesar de esta carencia, no deja de ser una fuente recomendable para el análisis de los prólogos que contribuye a incrementar los trabajos de investigación en una de las áreas menos estudiadas de la traducción.

David Rodolfo AREYZAGA SANTANA